
HORMIGÓN

19 de octubre de 2019

LA RAZÓN POR LA QUE ESTAMOS AQUÍ

La apertura comienza con la confesión habitual: no sabemos. No sabemos qué hacer pero el séptimo continente está dentro de nosotros, en nuestra sangre, en nuestro cerebro. El encuentro sobre el hormigón es la cuarta parada del programa Sindirir y esta vez el objeto es tan pesado como la ciudad misma. Transformación urbana, movimientos urbanos, prácticas de comunalización, amianto y huellas en el cuerpo, ecología urbana – todo lo que gira en torno al hormigón arrastra hacia el interior de Estambul.

Pero primero se proyecta un vídeo: "1457 Ankara'dan Kesik" ("Fragmento del 1457 Ankara"). En el cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter hay un asteroide con el número 1457 y se llama Ankara – un astrofísico alemán le puso ese nombre porque hizo sus observaciones en Ankara. El documental, a través de la monografía de un burro, cuenta la destrucción de Ankara. De la película de sesenta minutos se muestra un fragmento de quince – la muerte de los monstruos amarillos, la organización contra la destrucción.

Después sube al escenario una académica y su relato empieza en Francia. Henri Pezzer, toxicólogo, en 1974 trabaja en la Universidad de Jussieu, en la periferia de París. Los experimentos en su laboratorio dan siempre resultados erróneos – ninguna prueba cuadra. La causa son las fibras de amianto que caen del techo; bajo las hermosas paredes del edificio nuevo fluye un veneno. Pezzer no se queda solo con su descubrimiento: lo convierte en una campaña entre los sindicatos universitarios. En esos mismos días, en la fábrica Amistor, las obreras que producían cintas de amianto para el ejército francés ocupan la fábrica – no entregamos nuestra fábrica, no entregamos nuestros empleos. El equipo de Jussieu va a ver a las obreras y les dice: "sí, la fábrica y los empleos son importantes, pero esta fábrica os está matando." Dos movimientos se encuentran: de la acción que sabe y del saber que actúa nace un movimiento popular.

La académica viene del Consejo de Salud y Seguridad Laboral. La cuestión son las huellas que todos los desastres ambientales dejan en el cuerpo del trabajador. Existe un documental del hijo de Pezzer: "Sentinelle" – centinela, vigía, pero más bien en el sentido de "seguir escuchando algo." El esfuerzo tenaz por seguir escuchando una verdad que se cubre constantemente, una verdad que se procura ocultarnos. La salud del trabajador es la primera testigo de la salud del medio ambiente – las primeras huellas se leen en ese cuerpo.

La historia vuelve a Turquía y se adhiere al propio lugar. Este evento de la Bienal iba a celebrarse en Tersane İstanbul – en la orilla del Cuerno de Oro, en un espacio patrimonio industrial. Pero durante las obras de construcción no pudieron eliminarse los materiales con amianto de los edificios antiguos. Se obtuvieron informes independientes, se activó el proceso – en un evento al que acuden cientos de miles de personas, excepcionalmente, el proceso de información funcionó bien – y el evento se trasladó a Mimar Sinan.

La razón por la que estamos aquí es el amianto.

El amianto no es solo industrial, en Turquía aparece también de forma natural. La erionita, un tipo de amianto natural que procede de la historia geológica de Capadocia. İzzettin Barış y algunos otros investigadores trabajaron durante años sobre este tema. Pero el amianto industrial es otra historia. La fábrica İzocam en Dilovası se fundó en 1967; en 2007 fue transferida a Saint-Gobain, la mayor antigua compañía de amianto de Francia. Vierte todos sus residuos en un terreno de dos hectáreas; al mezclarse la lana de vidrio con los escombros con amianto del entorno crea un ambiente increíblemente tóxico – la fábrica está aquí, los residuos están aquí, las personas también están aquí. En

las plantas de cerámica de Eczacıbaşı en Bozüyük trabajan miles de obreros y las tasas de silicosis son aterradoras. Los trabajadores se ven obligados a elegir entre su pan y su vida. Con un sindicato amarillo al frente, se declaran cero enfermedades profesionales — nadie muere, según los registros oficiales. El amianto vive como mineral bajo la tierra, como industria en el pulmón del obrero, como ocultación en los informes del Estado. Las empresas que financian los eventos artísticos y las empresas que enferman a los trabajadores son las mismas; al no poder encontrarse financiación pública, hay que recurrir por fuerza a estos patrocinios.

UN ESTAMBUL SIN PERROS

La segunda parte viene de las periferias de Estambul, de las heridas abiertas por los megaproyectos. Una asociación camina desde hace años por los barrios — barrios que atraviesan una transformación urbana, desplazados a la fuerza, que luchan con problemas de salud pública. Kirazlitepe es uno de ellos: escombros con amianto procedentes de la demolición, justo el problema de salud pública que la académica había señalado. Cada caminata es un esfuerzo de cartografía, de archivo — en distintas lenguas, con distintas herramientas, a veces vídeo, a veces mapa, a veces publicaciones semi académicas. Porque Estambul cambia tan deprisa que registrar su estado es ya una lucha.

La Autopista del Mármara Norte, el tercer aeropuerto, el tercer puente — una cadena de proyectos que empiezan con hormigón y terminan con hormigón, que se dice que empiezan con demolición y terminan con construcción. Pero en las páginas ocultas del proceso de construcción hay un confinamiento de animales. Los perros callejeros son recogidos en camiones y arrojados a las obras de la autopista — de forma sistemática, cientos, miles. El ayuntamiento no los identifica con chapa, no se lleva la cuenta, no se puede determinar el responsable.

Un documentalista que fue al terreno cuenta: imaginense que al llegar cientos de perros corran hacia ustedes. Muchos tienen hambre, muchos tienen sed. Cuando llevan comida están demasiado sedientos para comer. Incluso la presa que quedaba detrás ha sido destruida, no se les ha dejado una fuente de agua. Un área enorme, sin sombra — los perros intentan refugiarse bajo la sombra de las grúas. Como la estructura es de hierro cruzado no proyecta sombra plena, solo un trazo. Los perros intentan meterse bajo esa media oscuridad.

"Hay un entorno postapocalíptico. Algo como un escenario de fin del mundo, y está dentro de Estambul."

Molossus — en griego significa perro grande. Los perros callejeros y domésticos de la ciudad se encuentran, en la parte trasera de los camiones amarillos, exterminados y arrojados. Una investigadora construyó durante años un archivo contando perros uno por uno. Pero últimamente el ayuntamiento ha dejado incluso de identificarlos con chapa — de modo que no se lleva ninguna cuenta, no se puede determinar al actor. A veces tres o cinco perros, a veces decenas o cientos. Los camiones amarillos transportan los escombros con amianto, transportan también a los perros — escombros y ser vivo en el mismo camión, en la misma dirección, todo lo que la ciudad no quiere ver, hacia el norte. La cuestión del hormigón ofrece así la posibilidad de mirar desde los responsables, los poderosos, los que pueden del sistema, desde la basura, los escombros, la pérdida: qué pérdidas han provocado.

LAS PLANTAS DEL DERRUMBE

La sala se oscurece y comienza un manifiesto — por boca de las plantas:

La destrucción siempre estuvo. También antes del mono. Destrucción para ellos, vida para nosotras.

Plantas ruderales. Las primeras habitantes de las zonas en ruinas, las que no viven en ningún jardín botánico, invernadero, parque ni maceta — las especies que viven en las grietas de la piedra gris, en la basura, en el escombro, bajo los puentes, en los terrenos quemados, al borde de la autopista, en los hoyos de las obras, en todos los vacíos de la ciudad. La hierba ha aprendido la lengua del ser humano. En los primeros pueblos que se fundaron, en el primer lugar en que estalló la guerra, fueron ellas las primeras en brotar. Se filtraron en las semillas, ocuparon los campos, cruzaron de un continente a otro en el estómago de los pájaros, en la saliva de los perros, en los neumáticos de los

coches.

Estas plantas no necesitan, para sobrevivir, troncos majestuosos, frutos grandes y sabrosos, flores llamativas. No prefieren el individuo sino la multiplicidad, no una vida larga sino la transitoriedad de una vida errante. Tierras sin nutrientes, muy húmedas o muy secas, muy alcalinas o muy ácidas — esos no son sus problemas. Las clasificaciones humanas son incoherentes: lo que hace doscientos años se admiraba hoy se declara perjudicial, lo que hoy se declara perjudicial mañana se pondrá bajo protección.

El manifiesto se burla de la ecología romántica: "No necesitan heroísmos ecológicos, no necesitan las patrañas del reciclaje y la rehabilitación, no necesitan ser salvadas. Ellas no son objetos a reparar." Porque a medida que el mundo se derrumbe, seguirán multiplicándose. Cada orden crea una nueva destrucción, cada instalación nuevos residuos, cada construcción nuevo vertedero, cada vertedero nueva fuente, nueva vida. Sobrevivieron a las eras glaciales, a las revoluciones agrícolas, a las guerras globales — porque ellas son desastre, caos, oportunidad e invasión.

Y la línea más provocadora:

"El ser humano es parásito. No puede hacer alimento como la planta. No puede sobrevivir sin cortar, triturar, matar y comerse la planta."

Pero el ser humano es al mismo tiempo el mejor socio de las plantas ruderales. Despeja bosques, crea vertederos, abre caminos, cava canales — donde hay destrucción brota la hierba. La planta no es un objeto a romantizar, sino un actor que vive junto con la destrucción, se alimenta de la destrucción, convierte la destrucción en vida.

EL PASADO FUE ENTERRADO EN HORMIGÓN

En el escenario una artista hace un pastel con cemento, kalekin (silicato de calcio) y agua. El kalekin, dice, lo hace más sabroso. De niña, en el pueblo, no había pastelería — el pastel era algo lujoso, un objeto medido, una marca de clase. Ahora, con el material de aquel lujo, con el material del hormigón, intenta obtener la consistencia del pastel — añade un poco de agua, mezcla, "no tengo mucha habilidad, es la primera vez que hago un pastel con cemento," dice. La performance es una metáfora concreta de la transformación de clase; la torpeza forma parte de la obra.

En los años ochenta en el pueblo había pequeñas casas entre jardines verdes. Todo el mundo estaba contento. Después comenzó una transformación: las casas fueron demolidas y convertidas en bloques de pisos con tiendas abajo y apartamentos arriba. Esos bloques cubrieron todo. El arroyo que pasaba junto a la casa fue enterrado en hormigón. El césped del patio del colegio fue pavimentado; como la población aumentaba, se construyó otro colegio en el patio. El enorme jardín de la tía Ísmet y el tío Abdullah con sus higueras fue demolido y en su lugar apareció un edificio.

"Poco a poco todo el pasado fue enterrado en hormigón."

El hormigón tiene un aspecto de clase. Para quienes migran del pueblo a la ciudad, el hormigón es el símbolo de la modernización; dejar el jardín y pasarse al piso era un ascenso. Pero ese ascenso enterró los arroyos, los jardines, las higueras, los recuerdos de la infancia. La artista vio una flor en un supermercado con una amiga, quiso mostrársela. La amiga dijo "es fea, está torcida por un lado." Una planta tiene que ser magnífica en su cabeza — si un lado se muere, si se le cae una rama, es mala. Pero quien tiene una relación con la tierra lo sabe: un lado de la planta puede morir, una rama puede caerse, las estaciones pasan. "¿Han sembrado alguna vez?" pregunta la artista a la sala — sembrar es una cosa semejante a perder, no se parece a comprar algo en el supermercado.

LA POSIBILIDAD DE OTRO MUNDO

El único portador de esperanza del encuentro sobre el hormigón viene de un huerto. Roma Bostanı — en el corazón de Estambul, un jardín que vive como práctica de comunalización. Nació después de Gezi, o más bien siguió la estela de la posibilidad que abrió Gezi.

"Gezi fue una intervención sobre un espacio público. Allí reconstruimos la vida en la ciudad. La posibilidad de otro mundo cayó en el corazón de todos."

Roma Bostanı es la concreción de esa posibilidad: permacultura, solidaridad dentro del barrio, transformación por trabajo propio, política aplicada. Una práctica que, entre la sensación de imposibilidad de crear nuevos espacios verdes, se mantiene en pie, toca la tierra, siembra. Todas las prácticas que se formaron tras Gezi — huertos, cooperativas, redes de solidaridad — corren detrás de esa posibilidad.

El turno de preguntas y respuestas adquiere una profundidad inesperada. La semana pasada, en el encuentro sobre la patata, había un agricultor de Kars — queso, agricultura, vínculo con la tierra — y en la sala había nacido una sensación de esperanza, una confianza en que las cosas podían cambiar tocándose. Al acercarnos a la ciudad, en cambio, al separarnos de la tierra, al alejarnos del lenguaje antirromántico de las plantas, nos encerramos hacia adentro. Alguien cuestiona la falsa separación entre ciudad y campo: idealizamos el campo, imaginamos un pueblo lejano — pero los grupos de capital que transforman a ambos son los mismos. Cengiz construye aquí el tercer aeropuerto y allá una central hidroeléctrica. Los actores son los mismos, los instrumentos son los mismos, el poder es el mismo. Además, con la ley metropolitana de 2004, oficialmente Estambul ya no tiene zona rural. Treinta y tres áreas metropolitanas no tienen zona rural — todos los pueblos se convirtieron en barrios. ¿De qué campo estamos hablando?

Otra voz expresa el callejón sin salida: en un planeta que ha atravesado cinco grandes crisis, la nuestra es una de ellas. No encuentro en los libros por qué debo defender la biodiversidad. Lo que encuentro es bárbaro, antropocéntrico — al final propone sistemas que destruyen a otros seres vivos. No sé qué es la justicia absoluta.

En esta oscuridad alguien cuenta una historia que mezcla la muerte con la vida: a su hija de cinco o seis años le explica la muerte diciendo "nos convertiremos en gusano, nos convertiremos en flor, nos convertiremos en insecto." Los niños se dan cuenta a esta edad y preguntan, y la muerte se explica a través de la vida. Lo que se dice a la hija en la vida cotidiana debe reflejarse también en la lucha — avanzar sin ganar victoria, sin tener razón, tejiendo el proceso. Si lo pensamos hasta el final, todo se derrumba — pero el proceso mismo lleva una sabiduría. "Desde aquí podemos bajar juntos por Galataport," dice alguien — el lugar mismo es ya una ironía, estamos en medio de la transformación del patrimonio industrial en consumo de lujo.

Si hablara un trabajador del reciclaje diría "el reciclaje nos destruyó," comenta alguien — porque incluso en su cabeza el reciclaje es ese concepto limpio de los anuncios municipales. Pero aquello que se describe como residuo vale dinero; los conceptos descritos como ecología son absorbidos por el mercado. En Berlín, transformación urbana: las tiendas Aldi cierran, en su lugar vienen los ecomarkets — el mismo producto se vende al doble o al triple. Se decía "reciclaje urbano" en una época, un concepto muy grato — porque es una palabra que florece todo. La narrativa ecológica, un nuevo instrumento de capital. Los huertos Roma pueden hacer algo, pero también un sector comprará los mismos conceptos y venderá otra cosa.

Una voz propone unir las luchas: construir una relación entre la resistencia del Valle de Dikmen y el relato de los huertos Roma. Los huertos Heysel. Mostrar que no se trata de un extrañamiento, que esta resistencia se comunaliza, en el centro o en la periferia — multiplicar los espacios, conectar uno con otro.

Mientras el encuentro del hormigón se dispersa desde la sala, quedan en la mano algunas cosas: la violencia invisible del amianto, el desamparo de los perros bajo la sombra de la grúa, el manifiesto de las plantas ruderales nacido de la ruina, la consistencia amarga del pastel hecho con hormigón y el verdor terco de un huerto. Al mirar la

ciudad nos alejamos del tono esperanzado de los encuentros sobre la patata y el agua — pero las plantas ruderales proponen, precisamente dentro de ese alejamiento, un modelo de vida: brotar allí donde hay destrucción.